

Tanta vida y jamás.

Tomás Mojarro

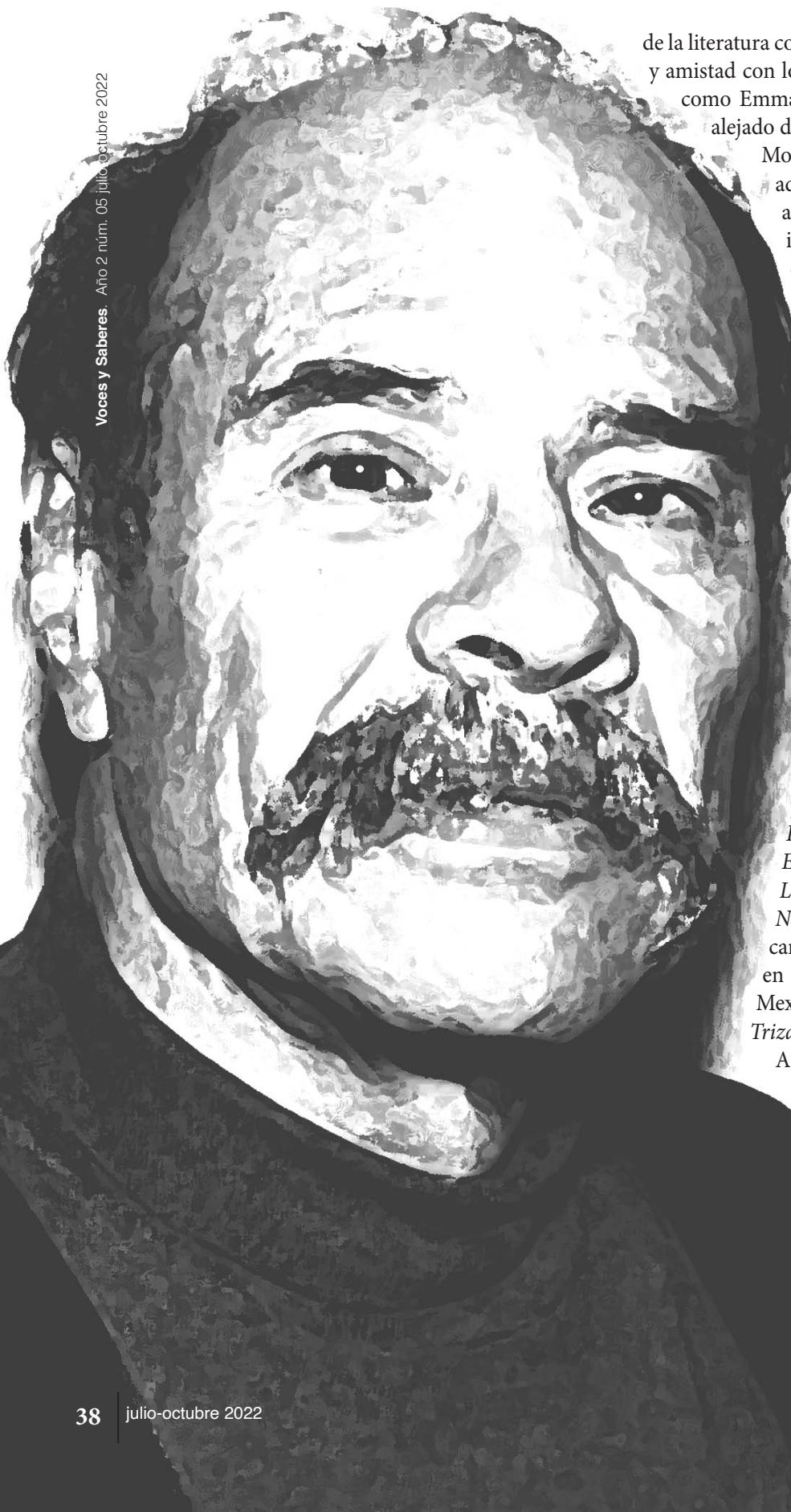


Carlos García Benítez¹

Tomás Mojarro Medina nació en Jalpa, Zacatecas, México, el 21 de septiembre de 1932. Destacó en los campos de la literatura y el periodismo mexicanos, en los que obtuvo el reconocimiento público; no obstante, solía contar que en su juventud, antes de ejercer estas actividades, fue mecánico, practicó el boxeo y terminó estudiando en el seminario que, hipotéticamente, lo llevaría a profesar como sacerdote; vocación frágil que nunca se concretó: terminó aniquilada por la vena amorosa que el autor novato plasmaba en sus escritos y confirmada cuando sus mentores le sugirieron seguir otro derrotero. Acaso esos matices de vida, que pendulaban entre lo terrenal y lo celestial, lo dotaron de una perspectiva particular de la realidad, en cuyo eje se hallaba la aspiración que, sostenía, debía estar en la frontera de visión de todo hombre: vivir a cabalidad y buscar la trascendencia. Para Mojarro, el primer postulado culminó el 11 de enero de 2022, cuando la sombra ineluctable de la muerte lo cubrió a la edad de 89 años.

El autor zacatecano afirmaba que entre las enseñanzas que le dejó su paso por el seminario, además de la filosofía y la teología, estaba la virtud de saber escribir bien y que refrendó en su ejercicio profesional como escritor. Hacia la primera mitad del siglo XX fue becario de El Colegio de México y del Centro Mexicano de Escritores; su habilidad en el manejo de la pluma, aspecto fundamental para quien desea comunicarse por escrito, lo llevó a obtener el Premio México 1973 por su obra *Trasterra* (primero y último que aceptó en su vida), a pesar de otras postulaciones que recibió y siempre rechazó, por un principio natural para él: el premio coopta. Otras de sus obras son *Cañón de Juchipila*, 1960; *Bramadero*, 1963; *Malafortuna*, 1966. *Yo, el Valedor (Y el Jerásimo)*, 1985; y *¡Mis valedores, al poder popular!*, 1998, que se sumaron a las propuestas estilísticas narrativas

¹Carlos García Benítez, Facultad de Estudios Superiores Aragón, Universidad Nacional Autónoma de México.



de la literatura contemporánea. Aunque no ocultaba su cercanía y amistad con los grandes escritores mexicanos de su tiempo, como Emmanuel Carballo o Juan Rulfo, prefirió navegar alejado de ese peculiar universo intelectual.

Mojarro no sólo tenía el dominio de la escritura, además, era un maestro de la palabra hablada, aptitud que no siempre poseen escritores, intelectuales o académicos. También fue un comunicador con enorme talento para dirigirse a pequeños o amplios grupos de manera presencial, como lo hizo en su práctica docente formal, cuando impartía clases en el Centro Universitario de Teatro de la UNAM, o en sus numerosos talleres de lectura y conferencias; sobre todo, tuvo un rol preponderante ante las grandes audiencias, esas que impactan a los medios de comunicación.

Desde esos espacios ejerció la profesión que le dio un giro importante a su vida y un lugar en la opinión pública: el periodismo; y que a la par le redituó un número tan grande de seguidores, como de detractores; sin duda, un viraje saludable para una opinión pública como la mexicana. Su trabajo abarcó, prácticamente, todos los medios de comunicación: prensa, radio y televisión, de alcance local y nacional. Colaboró en periódicos como *El Sol de México*, *UnomásUno*, *El financiero* y *El Metro*; en las revistas *Etcétera*, *Solidaria*, *La Revista Mexicana de Literatura*, *Zócalo* y la *Revista de la Universidad Nacional*; incluso publicó su propia revista de caricatura política y social: *El Valedor*. Participó en Radiotelevisión de Veracruz, en Televisión Mexiquense, en Canal Once (con su programa *Trizas en trazos*); y en varias radiodifusoras: ABC radio, Radio UNAM, W Radio y Radio Centro; y para no dejar pendientes en el medio cinematográfico, tuvo una breve actuación en la película mexicana *Figuras de la Pasión* (1984), de Rafael Corkidi.

El estilo periodístico de Mojarro no tiene parangón, poseía

una habilidad singular para interpretar la realidad sociopolítica del país, según sus parámetros; para ello recurría a diversas analogías que tomaba de la ciencia política, la filosofía, el arte, la ciencia o la literatura y las aterriza en un discurso claro y sencillo de comprender. Buscaba llegar a un público especial, el mexicano de a pie; su fuerza discursiva y de oratoria le imprimieron un acento peculiar a sus mensajes. Como buen escritor, desarrolló un compendio de personajes arquetípicos, con los que escenificó y explicó los rasgos de los actores y pasajes políticos en turno. El Primo Jerásimo, la Princesa Tamal, su Madre Tula, El Tano, El Juguero, El Cosilión, la Tía Conchis; un panteón mítico imaginario que, dada su vigencia social, hoy seguiría en funciones. Indiscutiblemente, este manejo didáctico-periodístico tenía la intención de llegar a su público y explicar su mirada sobre la realidad social, pero, ante todo, solía reiterar: para hacer pensar a la gente. Menuda tarea.

Con ese propósito a cuestas, trabajó en medios de comunicación del Estado y privados. Enarbó una desenvainada postura crítica hacia la injusticia, los poderes evidentes y latentes de la política y otros ámbitos, incluidos los que se ejercen en la industria del periodismo y que él bien conocía. Por ello, su estancia en los medios siempre fue fugaz, a excepción de radio UNAM, donde permaneció toda su vida periodística y estuvo al aire varias décadas, hasta su muerte. La feroz defensa de “su verdad” y libertad le pasó, con regularidad, la factura, que se traducían en quedar desempleado o autodesempleado, como solía referir estos pasajes. ¿Será acaso el comunicador con el récord de más despidos en la historia del periodismo mexicano?

Claro de este destino, “El Valedor” (sobrenombre con el que se dio a conocer, y a cuya palabra otorgaba el gran significado de “el que da valer... al otro”) no dudó en aceptar los espacios que se le propusieran, incluidos los de medios comerciales, todos abonaron a su discurso; de hecho, acostumbraba a rubricar, “mientras dure”.

Ilustrado, enamorado y de carácter áspero, Mojarro conjugó una filosofía de la acción con su periodismo, en un hecho eminentemente inusitado. Su labor periodística desbordaba la atmósfera mediática para

continuar impactando a la sociedad de otras maneras. Su esforzado compromiso social lo motivó a formar centros de acopio y a solicitar ayuda económica de sus audiencias para apoyar a grupos vulnerables; también recolectó libros para donarlos y crear bibliotecas en escuelas, o poblaciones marginales; organizó talleres de lectura gratuitos en los que abordaba diferentes temáticas: desde la ciencia política hasta el mundo del arte. Para “El Valedor”, ninguna crítica tenía sentido, si no se acompañaba de una acción, y desafiaba: “hay que dejar de delegar para asumir”.

Como todo espacio disponible era una oportunidad para ejercer el periodismo, no dudó en incursionar en las redes sociales, desde donde continuó con sus talleres de lectura de manera virtual. Durante los últimos años transmitió desde su página de Facebook, el programa semanal *Domingo 7*, de radio UNAM; hasta que se sometió a una operación y su salud se afectó y deterioró. Como siempre, iniciaba su programa con puntualidad; pero también, como siempre, era claro con su audiencia: ahora él pedía apoyo económico a sus valedores, ya que en sus propias palabras “estaba en la pobreza”. Como un Sócrates de nuestro tiempo, la biología los dobló a los dos: al griego, por el veneno de la cicuta en su cuerpo, a Mojarro, por su precaria salud. En ambos personajes, ni sus ideas ni su libertad fueron aniquiladas, aun en los momentos críticos.

En efecto, en sus últimos días se le veía demacrado, cansado y lo expresaba abiertamente; para él no había medias tintas ni claroscuros, ser diáfano era su principio de existencia. A menudo evocaba un pasaje de la obra *Hamlet*, de Shakespeare, en el que la reina le dice a su hijo que parece estar triste, a lo que él responde contundente: ¡Mi señora, yo no sé parecer! Mojarro tampoco sabía parecer.

El maestro se convirtió en un referente para varias generaciones y dejó huella en quien lo aceptó, ya porque ayudó a que algunos públicos comprendieran la realidad político-social, o porque su estilo los acercó a la ciencia política, la literatura, el cine, la música y las artes en general; desarrolló en ellos eso que llamaba “la vida interior”. Hechos con los que seguramente “El Valedor” estará satisfecho, pues de esta manera se consumó su otro postulado: la trascendencia. 